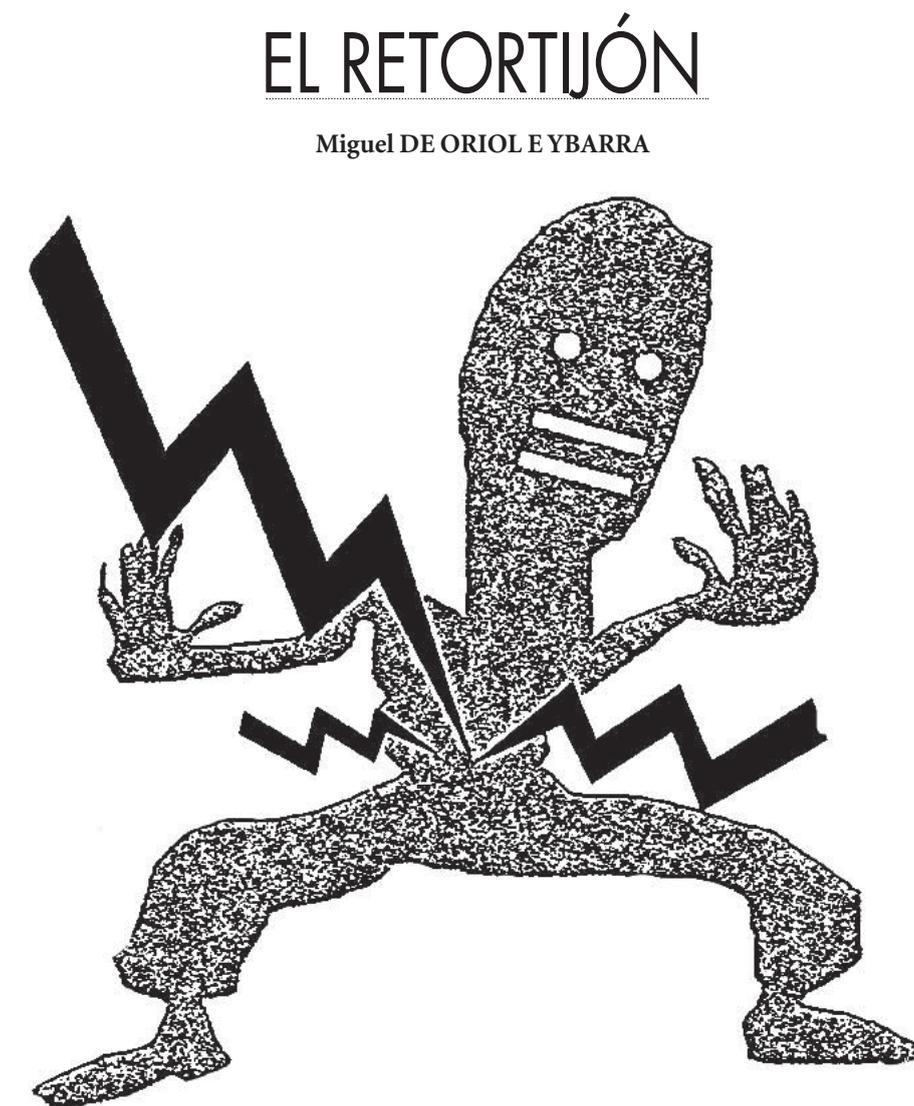


Tenía diecisiete años y, claro, le gustaban las mujeres a rabiar. Era guapo y presumido, tenía éxito. Estaba educado en el cumplimiento y la religiosidad. Así que iba a misa a menudo y, sin falta los domingos. La iglesia de aquel rincón de veraneo pertenecía a una orden de monjas, clásica y tradicional. Era pequeña y, en fiesta, no se cabía. Los confesionarios, expuestos, atentaban contra su pertinente intimidad por lo que todos se sabían los pecados de todos. Todavía se acuerda de la confesión de una de sus amigas que se culpaba de fijarse en el paquete de los toreros.

Uno de esos días señalados, la concentración parroquiana era densa. Al llegar el momento de la comunión, los fieles, en fila desordenada, se internaban entre apreturas hacia el comulgatorio. Y, de pronto, el hombre, uno de entre aquellos, sintió el retortijón. No podía escaquearse y, sin remedio, comulgó. Después, el respeto humano le impidió salir corriendo, así que aguantó hasta el reventón. El problema era que estaba podrido ese día preciso y el olor, insoportable, se sumaba a la sucia humedad que resbalaba, pernera abajo, hacia el suelo. ¡Qué angustia!

Escapó hacia su casa, no demasiado alejada, sujetándose los bajos para no seguir abonando el paseo. Al llegar, Clara, aquella alma caritativa, le atendió, ¡Qué vergüenza! El pueblo entero se enteró, incluso aquellas niñas entre las que triunfaba. Y lo curioso es que supo encajar el correspondiente cachondeo.

El drama se repetiría con intermitencias pautadas en situaciones cada vez más comprometidas. La última ocurrió en un club madrileño. Estaba invitado a almorzar con distintas figuras notables, entre ellas el alcalde, a discutir temas profesionales que interesaban a la capital. El político se retrasó y el espasmo incontrolable —el gas, que esperaba vano, sonó escandaloso— se presentó en pleno aperitivo. Salió como pudo —mal, porque se notó— hacia el aseo, al que llegó hecho una pena. Se quitó la ropa, el calzoncillo —que había de tirar— y el pantalón que lavó, es un decir, mientras temía que le pillasen en faena tan humillante. ¡Qué horror! Tuvo la suerte de que el aseo tenía una ventana abierta al hueco del



RAÚL

ascensor con lo que aquella prenda encontró un destino recoleto. Y volvió a la reunión en la que no tuvo más salida que reírse de sí mismo. Sus angustias iban en aumento y se comían una a una porciones de su autoestima.

Así que reducido a una nueva escala tras tamañas desgracias (ja) se creía vacunado de sus ínfulas gloriosas. Y fue entonces cuando ocurrió lo de la otra noche.

El hombre era, además, un maniático de la puntualidad. Llegaba a todas partes con varios minutos de antelación que corregía haciendo tiempo para presentarse a la hora precisa. Si por lo que fuera (un atasco, por

ejemplo) no podía cumplir con su objetivo, el corazón se le alborotaba, un sudor frío le envolvía y con irritación soltaba juramentos a gritos aunque nadie le escuchara. Y, repito, llegó la otra noche.

Debía acompañar a su padre a cenar con un gran personaje. Recordaba los banquetes semanales en casa de sus abuelos a los que acudían ordenadamente por ramos familiares. Sólo se permitía comida completa a quienes cumplían con la hora. Quienes no, se sumaban a los finales, generalmente un buen postre. Un retraso en familia tan disciplinada podía resultar fatal. Y, a lo que iba, camino de la

EL RETORTIJÓN

Miguel DE ORIOL E YBARRA

casa del personaje a cuya puerta se habla citado con su patrón, sintió el maldito apretón. Mal aparó el coche ante una tasca en busca de un retrete salvador y único que, claro, a más de pingoso estaba ocupado. Por fin se dispuso a evacuar pero el flujo no se terminaba; llegaría tarde sin remedio; la desesperación máxima le embargaba; moría y moría cuando despertó.

¡Qué descanso! ¡Qué relajo! Si su padre y su abuelo, tan vívidamente presentes en el sueño, hacía lustros que se fueron. La desazón intensa le mantenía tembloroso. Y es que, en sueños, la realidad virtual es, a veces, más atemorizante que la real. Revivió así una de aquellos crisis que creía superadas y rebajó unos puntos más su propia calificación.

Ya, plenamente despierto, reflexionó. Hablo que inyectarse moral. Nada hay suficientemente trascendente en la vida como para que angustie, a no ser la muerte y cuando la edad inexorable le acerca a ello, la mente se acoraza, se acomoda y se prepara con un cansancio natural a ese adiós desconocido. Sólo quiere dejar las cosas claras, limpias y sin deudas (estaba redescubriendo objetivos). Y todo porque ha visto la paz en que mueren los buenos. Tiene reciente la despedida de aquella muy cercana a quien tanto quería y sus recuerdos encomiásticos eran anteriores a los epitafios de rigor. Así que sólo le inquietaban las angustias que ya, ante un horizonte vivo, esperaba no sufrir.

Su meditación (ja) le llevó, por contraste, a sus momentos de éxito, mejor dicho, a la sensación que experimentaba tras un aplauso aunque fuera propio. Aplauso que en ese preciso momento necesitaba. Eufórico se veía más alto de lo que era y capaz de lo imposible. Resultaba que, al crecerse, alcanzaba cotas muy superiores a las habituales, lo que le llevaba a esmerarse a la busca del respaldo laudatorio, a intentar el milagro, a no dejarse vencer por las miserias orgánicas, a volar por encima de la normalidad para que los sueños fueran felices y, entonces, saludables; en resumen a conseguir, a aportar más y más, a sumar. Entre la angustia anterior y la euforia activada creyó situarse en su auténtico nivel.

Y fue en ese momento, claro, cuando, conociéndose, murió.

Miguel de Oriol e Ybarra es doctor arquitecto

Han existido sobrados motivos para dedicarle un artículo de agradecimiento a su valentía, a su claridad y sobre todo a su honestidad de pensamiento. Y, decididamente, no he querido dilatar más el tiempo y le he escrito esta pequeña misiva.

Voy a ser muy poco original en la loa hacia su persona, ya que me voy a apoyar en su pensamiento plasmado en sus artículos diarios y sobre todo en esas magníficas obras escritas por Vd. «El Discurso de la República», «Frente a la Gran Mentira» y el Big Ben de su pensamiento: «Pasiones de Servidumbre». Tres auténticas joyas, que por mérito propio deberían de pasar el umbral de la universidad para formación y deleite de las generaciones que se quieran formar en la verdad.

Quizás, el detonante que me ha empujado a escribirle este corto mensaje ha sido, sin du-

ANTONIO GARCÍA TREVJANO

Juan SEOANE

da alguna, los recientes artículos publicados en el diario LA RAZÓN, los cuales han sido sencillamente magistrales y llenos de rigor, desmontando la gran farsa de esta propaganda oficialista del «España va bien».

Es muy fácil vivir en el mundo conforme a la opinión del mundo. También lo es vivir en soledad conforme a la íntima opinión. Pero sólo es libre quien en medio de la multitud conserva y dice, sin estridencias, su propio criterio. Exactamente esa es y así ha sido su conducta. La valentía, la independencia y el rigor en los análisis, todo ello, unido a su clarividencia y a su cultura exquisita. Esa necesidad de independencia mental y coraje moral es la que ha forjado su pensamiento crítico al que ha dotado de una imaginación dúctil para

reconducirle, siempre basado en hechos de evidencias no sujetos a opinión.

Es un maestro en el diálogo, ya que sus razonamientos nunca son aireados sin previamente haber sido tamizados en el cedazo de la razón para separar los ideales, tal y como deben ser, de los hechos, tal como son, con voces inequívocas y finura de oído. Siempre con ello, ha eliminado la retórica de los convencionalismos, dejando pasar el rigor del argumento racional y empleando siempre las palabras en sentido unívoco. Además de todo esto, es de esas rarísimas personas que saben escuchar con el arte aprendido de los dioses mudos.

Sus obras son creadoras y enriquecedoras, ya que el lector siempre sale de ellas un poco más rico que cuando entró. Sus libros han li-

berado la verdad de las incubadoras de la manipulación que están alimentadas por esa energía oligárquica, cuyo centro de producción es el monopolio político existente.

Sus artículos semanales en LA RAZÓN son una vía de oxigenación mental del «shock» que padecemos los ciudadanos por la invasión de opiniones manipuladas y serviles que diariamente respiramos, ya que desgraciadamente no tenemos la oportunidad de un «revival» de «La Clave» de Balbín, para dar imagen a sus reflexiones.

Su pensamiento don Antonio, ha sido el resorte que ha retirado la hoja de parra democrática que tapa todavía, ante un público espectador, la desnuda realidad política actual del Estado de Partidos y, a buen seguro, va a ayudar a prender la mecha de la pasión por la libertad política, de cuya dignidad y salud moral esta huérfana una gran mayoría de esta sociedad del siglo XXI, anestesiada por un fármaco, descubierto en sus obras como la Gran Mentira.